

sario más bien que como emperador. Federico no respondió nada, y siguió su camino. Entonces, irritado el papa, interrumpió la canonización del seráfico San Francisco para fulminar nuevas maldiciones contra Federico.

El emperador era acogido en Siria como un salvador (1228), cuando dos religiosos franciscanos anunciaron la excomunión nuevamente fulminada, lo cual le quitó la confianza y el respeto. Habiéndose dirigido Melek-Kamel desde el Cairo hacia Damasco, con intención de aprovecharse de la muerte de su hermano para apoderarse de esta ciudad, Federico le envió diputados recordándole sus estipulaciones. Como ambos necesitaban grandemente de la paz, trascurrió toda la campaña en negociaciones, como en una guerra moderna; y estas negociaciones fueron rodeadas de misterio, según costumbre, lo cual hacía murmurar igualmente á los musulmanes y á los cristianos, á quienes inquietaban é irritaban estas amigables relaciones. Melek hizo regalo á Federico de un elefante, de muchos camellos y de las más raras producciones de la India, de Arabia y de Egipto, por último, de una tropa de bailarines y de cantatrices; esto fué para los musulmanes motivo de censura, y de escándalo para los cristianos. Finalmente, el soldan y el emperador celebraron una tregua de diez años bajo las condiciones siguientes: entrega de Jerusalem, de Bethleem, de Nazareth y de Thoron á Federico, con todo el territorio comprendido entre San Juan de Acre, Tiro y Sidon, es decir, todo el reino de Jerusalem, poco más ó menos; los musulmanes conservaban sus mezquitas y el libre ejercicio de su culto; restituiáse mutuamente los prisioneros, y Federico se comprometía á apartar á los francos de todo acto hostil contra los egipcios.

Este tratado pareció impío en ambas religiones (1229); protestando los imanes y los cadis contra la cesión de la *ciudad del Profeta*, apelaron al califa de Bagdad; é indignados los obispos de ver confundidos los dos cultos, apelaron al pontífice de Roma. El sultan de Damasco no quiso reconocer el pacto; el patriarca de Jerusalem puso en entredicho los lugares recuperados. De consiguiente Federico hizo su entrada en Jerusalem (17 de Marzo), acompañado sólo de sus barones alemanes, y de los

caballeros teutónicos. Halló la iglesia del Santo Sepulcro enlutada, abandonada por los sacerdotes; tuvo que poner con sus propias manos la corona imperial sobre su cabeza.

Vencedor y objeto de odio no obstante, abandonó á Jerusalem, donde no pudo lograr obediencia, ni aún enfurciéndose contra los ciudadanos, dando de golpes á los frailes, y poniendo embarazos á los templarios y á los peregrinos que habían acudido á la Semana Santa. Respirando cólera y venganza, volvió á ganar su reino de Sicilia, perseguido por las amenazas de los parciales del pontífice. Su partida fué no ménos festejada que lo había sido su llegada; y no sin razón le echaban en cara las personas sensatas no haber hecho nada por asegurar la conservación de lo que había adquirido.

De consiguiente pensó el papa en otra cruzada; y á fin de convertir la Siria y Egipto, envió una misión pacífica de religiosos, á quienes entregó cartas de su puño para el califa de Bagdad, el sultan de Damasco y los principales musulmanes. Al mismo tiempo hacia predicar la paz en Oriente, y exhortaba á todos los fieles á pagar un dinero por semana; lo cual debía bastar para el sostenimiento del ejército durante diez años. Dedicáronse los dominicos y los franciscanos á esta doble tarea, aunque no salieron más aiosos en Europa que Oriente. Tibaldo V, conde de Champaña y rey de Navarra, no ménos hábil trovador que valiente caballero, excitó con sus canciones á la cruzada (1239); y muchos adalides se dispusieron acompañarle en la expedición que debía tener por jefe á Federico, reconciliado con el papa. Habíanse reunido en Lyon cuando les hizo saber el pontífice que se habían suscitado entre él y el emperador nuevas disensiones, por lo cual les intimaba separarse. Algunos obedecieron, otros se embarcaron en Marsella, y de este número era el rey de Navarra. Llegados á Palestina rompieron la tregua y se adelantaron desde Jafa hasta Ascalon, si bien fueron sorprendidos en la travesía y puestos en derrota (13 de Noviembre.)

Habían tomado parte los cristianos en la guerra civil sobrevenida entre el soldan del Cairo y el de Damasco; los templarios por el primero, por el segundo los hospitalarios, o-

niendo la cruz á la cruz en querellas de paganos, hasta el momento en que recuperó á Jerusalem el soberano de Damasco. Nuevos cruzados habían llegado de Inglaterra y de otras partes, bastantes numerosos para turbar la paz, si bien no para alcanzar la victoria. ¿Y cómo hubieran podido conseguirlo cuando ardía Europa en sus disensiones interiores? ¿Cuándo en el mismo instante era proclamada la cruzada contra los herejes del Languecoc, contra el emperador excomulgado, contra los idólatras de la Prusia, y contra los mahometanos de Oriente?

Rodolfo de Cœuvres, se presentó un instante como pretendiente al reino de Jerusalem (1240), y obtuvo efectivamente el gobierno; pero renunció en breve á esta dignidad vana y peligrosa. Ricardo, conde de Cornuailles, sobrino de aquel Corazon de Leon, cuyo nombre inspiraba todavía espanto á los musulmanes, se encaminó á Palestina con dinero y tropas; pero no pudiendo lograr extinguir la guerra á muerte que se hacían las dos órdenes rivales, se limitó á celebrar con los Ayubitas un tratado por el cual se restituyeron á los cristianos Jerusalem, Ascalon y Tiberiada.

No se hallaba en condiciones ménos deplorables el reino de Constantinopla (1216). Pedro de Courtenay, príncipe de la casa real de Francia, llamado para suceder á Enrique de Flandes, fué sorprendido en el camino y asesinado de orden de Teodoro Comneno, príncipe de Epiro (1219). Vencido Roberto, su hijo, en una batalla, por Vatacio de Láscaris, perdió todas las provincias situadas más allá del Bósforo y del Helesponto, al mismo tiempo que por el príncipe de Epiro le eran arrebatadas la Tesalia y una parte de la Tracia (1221). Había llegado, pues, el enemigo, á acampar bajo los muros de Constantinopla. Hasta habían cesado de respetar á Roberto sus súbditos. Como había contraído matrimonio con una jóven ya prometida á un caballero borgoñon, éste asaltó el palacio imperial una noche, se llevó la esposa del príncipe y su madre. ahogó á ésta y cortó á la otra la nariz y los labios; atentado que afectó tanto al emperador que murió de pesadumbre.

Balduino II, todavía niño, sucedió á su hermano (1226). Juan de Briena, su tutor, antiguo rey de Jerusalem, fué quien impidió la caída

del imperio latino. Ya los griegos y los búlgaros habían penetrado en el puerto de Constantinopla, y se aprestaban á escalar los muros, cuando cayó sobre ellos y los puso en derrota. Supo desalentarlos con maravillosas victorias; pero no hubieran bastado á remediar tanto decaimiento de fuerzas, si los búlgaros no se hubieran hecho enemigo el rey de Nicea. Sea como quiera, Juan de Briena rayaba en la edad de ochenta y nueve años, sustentando con su valor heróico un Estado que amenazaba ruina, y pudo preveer al morir bajo el humilde hábito de franciscano, que nada quedaria á sus sucesores.

Balduino, de quien había sido tutor, y había llegado á ser su yerno, no pudo recoger los frutos de su victoria; obligado á huir, regresó á Europa á mendigar aquí y allá socorros, y careció de pan frecuentemente. Tal es el estado lamentable á que se hallaban reducidos los cristianos en Oriente, cuando nuevos y más temibles enemigos, los mongoles, llegaron á imprimir una violenta sacudida al mundo civilizado. En breve hablaremos de estos invasores. Aquí nos limitaremos á decir, que ya dimanara de la casualidad ó de un motivo desconocido, no se arrojaron sobre el imperio latino, ni sobre las posesiones de los cristianos de Siria, aunque contribuyeron indirectamente á los nuevos sucesos de que este país fué teatro.

## CAPITULO VIII

### Sétima y octava Cruzada

Había sido presa la Palestina de nuevas calamidades. En la época de la conquista del Kharizm por los mongoles, libertados de sus flechas los feroces habitantes de esta comarca, se arrojaron sobre el Asia y sobre la Siria bajo las órdenes de Barba-khan, y se entregaron á las atrocidades con que habían visto desolar su patria. Cubiertos de vestiduras y armas de extravagantes formas, recogidas en el camino, se llevaban por delante miles de esclavos, y arastraban en pos de sí largas hileras de carros cargados de botín, no dando cuartel á sus enemigos, ya fuesen cristianos ó musulmanes, y sucumbiendo sin prorumpir en la más leve queja. Vencer ó morir, tal era el grito de guerra de sus jefes.

Aliáronse los príncipes de Siria contra esta

plaga y rechazaron más allá del Eufrates á aquellas hordas; pero el soldan del Cairo, á fin de tomar venganza del de Damasco, les volvió á llamar, prometiéndoles la Palestina, si le ayudaban á someterla. Inmediatamente cae sobre el país una banda de veinte mil infieles, y una porcion de infortunados, trabajosamente fugitivos de sus destrozados hogares, llegan á anunciar á Jerusalem el huracan que se aproxima. Siendo allí imposible la defensa despues de haberse derribado las fortificaciones, todos los habitantes resolvieron apelar á la fuga, escoltados por los templarios y los hospitalarios, sin dejar en la ciudad más que á los enfermos. No tardan en llegar los kharizmios, y al punto dan muerte á los pocos infelices á quienes encuentran; pero como la matanza habia sido muy escasa en comparacion de su deseo, les ocurre enarbolar la cruz en lo alto de las torres y tocar las campanas (17 de Setiembre de 1244). Persuadidos los fugitivos de que la Ciudad Santa se ha salvado por un milagro, vuelven en tropel y son degollados con tal refinamiento de crueldad como nunca Jerusalem lo habia experimentado. Fueron reducidos á escombros el sepulcro de Cristo y el de los reyes. Cuantos se hallaban en estado de combatir en Siria, empuñaron las armas, y los fieles se unieron á los infieles para conjurar el comun peligro. En la batalla dada á los kharizmios cerca de Gaza, acreditaron el valor más obstinado los obispos, caballeros, condes y emires, si bien tuvieron que sucumbir al cabo; fueron muertos trescientos doce templarios, trescientos veinticinco hospitalarios, otros diez y seis mil combatientes, y quedó infinito número de prisioneros. De las tres órdenes militares no respondieron á la llamada más que treinta y un templarios, veintiseis hospitalarios y tres caballeros teutónicos (18 de Octubre).

Esta victoria, que ostentó por trofeos las sangrientas cabezas de los guerreros que habian sucumbido y las largas cadenas de los prisioneros, fué celebrada con públicas fiestas en Egipto. Toda la Palestina cayó en poder de los kharizmios, á excepcion de Jafa. Habiendo sido llevado bajo las murallas de esta ciudad Gualtero de Briena, que era su conde, con la esperanza de que determinaria á los habitantes á rendirse, les exhortó, por el contrario, á que

se sostuvieran vigorosamente. *Vuestro deber, les dijo, es defender una ciudad cristiana; el mio es morir por vosotros y por Cristo; y murió con efecto.*

Despues de haberse apoderado de Damasco, dieron los kharizmios al soldan del Cairo la posesion de Palestina en cumplimiento de su promesa; informados de su negativa ofrecieron socorros á aquel á quien habian derrocado, y volvieron á poner asedio delante de Damasco. Acudió el egipcio, y con la ayuda de otros emires de Siria, los redujo á derrota tam completa, que desde esta época no se vuelve á hacer mencion de ellos en la historia.

No por esto mejoró la condicion de los cristianos, agotados como se hallaban de fuerzas y amenazados á la vez por los mongoles y por los otomanos. En el memorable concilio de Lyon se vió aparecer al obispo de Berito y á Balduino II, emperador de Constantinopla, objeto á un mismo tiempo de atencion y de simpatía. Para apartar la excomunion de la cabeza de Federico, prometia Tadeo de Susa que este monarca atajaría las incursiones de los tártaros, que restauraría la dominacion latina en Grecia, é iria en persona á libertar á la Palestina. Pero Inocencio IV, que sabia por experiencia cuán engañosas eran las promesas de Federico, permaneció sordo á las palabras de Tadeo; y el dolor que le hizo experimentar su solapada conducta, le fué quizá más penoso que la invasion de los kharizmios y el cisma de Oriente. A pesar de todo, se resolvió una nueva cruzada. Aquellos que tomaron la cruz, debian quedar exentos de contribuciones y gabelas por espacio de tres años; los caballeros fueron invitados á moderar su lujo, y los clérigos á multiplicar las obras de caridad. Además se determinó que fueran prohibidos los torneos, que se celebrara la octava de Navidad, y que el clero pagara la vigésima parte de sus rentas y la décima el papa y los cardenales.

Pero cuando la cristiandad se hallaba dividida entre el emperador y el pontífice, cuando su jefe temporal se hallaba excomulgado ¿podia esperarse que se reunieran las fuerzas de Europa en favor de Palestina? Sin embargo, por esta época se hallaba San Luis enfermo, y creyéndosele ya muerto, abrió de repente los ojos, pidió la cruz é hizo voto de ir á Tierra San-

ta (1244). Vanamente intentaron disuadirle de este propósito la reina Blanca, su madre, y los príncipes de su familia; sólo tenía en su mente y en sus labios el sepulcro de Cristo entregado á las profanaciones. En un parlamento de los grandes y de los prelados del reino, San Luis y el legado proclamaron la cruzada, y los condes de Artois, de Poitou, de Anjou, hermanos del rey, tomaron la cruz; uniéronse á ellos los principales prelados, así como una multitud de señores, entre otros Juan, señor de Joinville, senescal de Champaña, quien trazó el relato de esta expedicion.

La reina Margarita, la condesa de Anjou y la duquesa de Poitiers, quisieron tomar parte en las fatigas de la empresa; la reina Blanca, que no habia podido disuadir á su hijo de abandonar la Francia en tiempos tan críticos, tomó la regencia del reino. Luis unió sus plegarias á las del patriarca de Armenia y de otros cristianos allende el mar, para obtener del papa que echara su bendicion á Federico, á fin de que el emperador pudiera tomar la cruz; pero fué diligencia vana. Despechado el emperador por su parte, informó á los musulmanes de los preparativos que se hacian contra ellos en Occidente, y al propio tiempo declaró al sumo pontífice la guerra.

Despues de haber recibido Luis el oriflama en San Dionisio con la esclavina y el bordon de peregrino, no se quitó ya tan humilde vestimenta. Renunció á las pieles y á las telas costosas; sus armas y los arneses de sus caballos no relucieron más que con el brillo del acero, y el dinero que gastaba en objetos de lujo fué convertido en limosnas.

Hízose á la vela desde el puerto de Aguas Muertas con cuarenta mil infantes y dos mil ochocientos ginetas, llevando por almirantes á dos genoveses, Hugo Lercari y Jacobo de Levante. Pasó el invierno en la isla de Chipre, al lado de Enrique de Lusignan, donde se le incorporaron muchos ingleses, frisonos, holandeses y noruegos. Funesta fué para el ejército tan prolongada permanencia en la isla, consagrada en otro tiempo á la diosa de los amores; el vino y los placeres relajaron la disciplina y enervaron á los guerreros; en sus filas ejerció sus horrores la peste; muchos de ellos retornaron á sus hogares, otros se vieron reducidos á la

miseria; y todavía hubieran sido mayores los padecimientos, á no ser por la oportuna llegada de un convoy de víveres enviado por Federico.

Pareció conveniente dar principio á la empresa por la conquista de Egipto, y una vez rendido su territorio, debia ser más fácil la ocupacion de Palestina. A diferencia de un conquistador de nuestros dias, que en las mismas playas declaraba por buenas todas las religiones, Luis empezó por dirigir al soldan la declaracion siguiente: *Tened bien entendido, que os perseguiré como enemigo hasta el instante en que pueda llamaros cristiano y hermano.* Recibióla Malek-Saleh en su lecho de muerte y derramó lágrimas de resultas, al propio tiempo que respondia con este versículo del Coran: *El que combate injustamente perecerá.*

Mil ochocientos bajeles trasladaron á los cristianos desde Limiso á Damietta (15 de Mayo de 1249). Fué repelida la valerosa tribu de los Beni-Kenone y dejó libre la ciudad al rey de Francia, quien se habia arrojado al mar antes que otro alguno, pronunciando el grito de guerra de los franceses: *¡Montjoie Saint-Denis!* y sembrando el espanto entre las filas de los enemigos. Con la cabeza desnuda y los piés descalzos, entró procesionalmente en aquella plaza, siguiéndole de la misma manera humilde y respetuosa los obispos y los magnates, y todos entonaban á una el *Kirie eleyson* y los versículos del *Te-Deum*.

No contemplaron los septentrionales sin un sentimiento de profunda sorpresa aquellas arenas de la costa guarnecidas á festones por la fresca verdura del lino, de los tamarindos, de los plátanos y de los naranjos; las ondulantes copas de los bananos, de los sicomoros, de los granados, que descollaban por encima de las cañas de azúcar y del papiro, ó las anchas hojas del loto y del nenufar que flotaban sobre el agua de los rios, donde luchaban el tántalo y el cocodrilo. Poseidos de veneracion piadosa, recordaron en su mente los misterios de aquella comarca de Egipto, con sus pirámides, quizá elevadas por los hijos de Jacob; su Nilo, donde se habia salvado Moisés; sus emparrados de acacias, que tal vez habian abrigado á Jesus fugitivo.

Seis meses aguardaron los cristianos en Da-

míeta á los cruzados, á quienes habian dejado detrás de ellos, y los nuevos refuerzos de la nobleza francesa. Pero mientras duraba inacción semejante, se veían reproducidos los desórdenes de costumbre; riñas con motivo de repartirse el botín tomado al enemigo, excesos, libertinaje de toda especie, rencorosos rivalidades; de día en día fué aflojándose el vínculo de la disciplina. Por otra parte, los corredores beduinos no cesaban de hostigar el campamento procurando ganar tal besante de oro que el soldan del Cairo habia prometido por cabeza de cristiano, y desvaneciendo el susto de los musulmanes por medio de las pequeñas ventajas obtenidas en los puestos avanzados.

Tratábase de averiguar si se atacaría ante todo á Alejandría ó al Cairo. Al emitir el conde de Artois su parecer, dijo que el mejor modo de matar á la serpiente consistía de seguro en aplastarla la cabeza. A consecuencia de haber prevalecido su dictámen se adelantaron sesenta mil cristianos hácia aquella capital inmensa, apoyados por la escuadra que iba remontando el curso del Nilo, cargada de abundantes provisiones.

Malek-Saleh renovó sus proposiciones de paz, ofreciendo hasta restituir el reino de Jerusalen con todos los prisioneros y ceder Damietta; pero no fué escuchado, y terminó su vida. Hallándose á la sazón en Asia Moadham-Touran-chach, su hijo, empuñó las riendas del gobierno Fakhr-Eddin (Facardin), general egipcio. Al aproximarse el enemigo distribuyó y mandó leer en la gran mezquita una proclama concebida en la forma siguiente: *Acudid, grandes y pequeños; la causa de Dios necesita de vuestras armas y de vuestras riquezas. Los francos, sobre quienes caigan los males, han llegado á nuestro país con espadas y estandartes. ¿Qué musulmán rehusará marchar contra ellos, para vengar la gloria del islamismo?*

Reanimado el fanatismo con este llamamiento á las armas, causaron grandes destrozos en el ejército cristiano el fuego griego y los desbordamientos del Nilo. Siempre intrépido el conde de Artois, así en las obras como en los consejos, atacó á los turcos en Masoura, y murió peleando; pero Fakhr-Eddin tuvo la misma suerte, y vengó á su hermano con dos señaladas victorias.

Pero aquélla venía á ser una gloria sin fruto; su ejército era consumido por el hambre y por el fuego griego. Nada puede haber tan edificante como la piadosa confianza que en la ayuda de Dios tenían el rey y sus caballeros. Joinville, á quien amenazaba el fuego griego, se postra de hinojos, y ora: *y creedme que aquellas oraciones y plegarias nos sirvieron de mucho.* Luis escribe de una insigne victoria: *El primer viernes de Cuaresma fué embestido el campo por todas las fuerzas sarracenas; pero habiéndose declarado Dios por los francos, fueron rechazados los infieles con grande estrago.*

No obstante, á pesar de las oraciones que dirigía á Dios el santo rey, á pesar de las lágrimas que derramaba al recibir noticia de desastres renacientes de continuo, y aun cuando aspirara á poner remedio al mal en cualquiera punto donde la necesidad lo requiera, y era su constante propósito sustentar el decaído aliento de cuantos le rodeaban en campaña, nodescubrieron ya sus ojos ningun otro medio de salvación para sus gentes que retroceder al punto á Damietta con el mermado número de tropas que le habian quedado.

El escorbuto que se desarrolló en medio de tantos cadáveres, entre hombres que no tenían para alimentarse más que víveres averiados y un agua corrompida, atacaba del mismo modo á los débiles que á los fuertes; Luis asistía en persona á los enfermos, y los proligaba consuelos exponiéndose al contagio, hasta tal punto, que también cayó enfermo. De consiguiente, los mamelucos no necesitaban correr los riesgos de una batalla; bastábales aguardar á que el mal devorara al campo cristiano, á quien habian cortado los víveres (1250). Viéronse reducidos los francos á implorar una capitulación; pero el soldan no quiso admitir otros rehenes que al rey mismo. No quisieron consentir en ello los barones, aunque su resolución hubiera de costarles la vida, y se decidió emprender la retirada. Aun cuando Luis estaba sumamente decaído por una extraordinaria flojedad de cuerpo, no quiso abandonar al ejército, y marchó con la retaguardia; pero los sarracenos asaltaron á aquellos enemigos, á quienes veían prontos á escapárseles de las manos; fueron rotas sus filas, saqueados sus bagajes, incendiada su escuadra, y cuantos cayeron en su poder exter-

minados. El mismo Luis quedó prisionero. Condujosele á Masoura, no teniendo más que su breviario, y lo recitaba con resignación y sosiego como si hubiera estado en su capilla. Debilitado hasta el extremo de no poderse tener en pié, careciendo hasta de las cosas más necesarias, reducido á cubrirse con una miserable ropilla que un pobre árabe le habia cedido, con un sólo criado para servirle, no manifestó la más leve señal de impaciencia.

En breve llegó la triste noticia á Damietta, donde Margarita estaba próxima á un parto. Tanto era su susto, que hubo necesidad de que durmiera un hombre en su aposento, y para este fin se escogió á un octogenario que la cogía su mano durante el sueño, y podía asegurarla cuando abría los ojos, que su habitación no estaba llena de sarracenos. Una noche la vió arrojarle á sus plantas, diciéndole: *Señor caballero, juradme que me hareis la gracia que os pidiere; y añadió luego que se hubo comprometido á ello: Por la fé que me habeis jurado, si los sarracenos se apoderasen de esta ciudad, os mando que me corteis la cabeza antes de que sea cogida.—Así lo haré,* respondió el anciano, *ya habeis pensado en ello para el caso de que tal aconteciese.*

Poco despues dió á luz un hijo, á quien hicieron dar el nombre de Juan Tristan en aquellas dolorosas circunstancias. Aquel mismo día llegaron á anunciarla que se disponían á partir, en unión de otras gentes de mar, los genoveses y los pisanos; entonces hizo que llegaran en derredor de su lecho, y les dijo: «Por el amor de Dios, señores, no abandonéis la ciudad; porque su pérdida traería en pos la del rey y la de todo el ejército. Compadeceos de mis lágrimas y de este pobre niño.» Pero se dirigía á hombres de negocio; y les hubieran conmovido poco sus ruegos, si no hubiera mandado comprar cuantos víveres habia en la ciudad y no se los diera, según habian pedido.

Es un magnífico espectáculo el diferente valor de los dos esposos coronados, en tan gran desastre; la mujer, con las debilidades y las virtudes de su sexo, sostenida por el amor que profesa á su esposo y á su hijo; el rey, más afijido de la desgracia de los demás que de la uya propia, resignado, intrépido, hasta el punto de excitar la admiración de sus enemi-

gos; el soldan le envió cincuenta costosos trajes para él y para los señores que le acompañaban; pero él los rehusó diciendo; que soberano de Egipto, no vestirá jamás la librea de un príncipe extranjero. Igualmente rehusó el banquete, no queriendo presentarse en espectáculo á todo el ejército. Se le indicó el rescate de su libertad con tal de que cediera á Damietta y cuanto poseían los francos en Palestina, y rechazó esta proposición. Entonces el soldan le amenazó con enviarle al califa de Bagdad ó arrastrarle en triunfo detrás de su caballo por todo el Levante, y condenarle al más atroz suplicio. Pero él respondía: *Soy prisionero del soldan, puede hacer de mí lo que mejor le plazca,* y recitaba el oficio del día.

Mas de diez mil cruzados habian caído prisioneros, y cotidianamente sacaban doscientos ó trescientos del baño para persuadirles que renegaran de Cristo; los que se negaban á ello eran asesinados, y puestos en libertad los que pensaban de distinto modo. Cansados de sangre los verdugos los arrastraron hácia el Cairo entre mil padecimientos; muchos de ellos perecieron de miseria; otros fueron dispersados como esclavos sin esperanzas de volver á ver nunca su patria; ni amenazas ni suplicios lograron que titubearan en su fé los barones franceses, siempre dóciles á la menor señal de su rey infortunado, mucho más que lo habian sido en los tiempos de su grandeza. Al fin Al-Moadham rebajó bastante de sus pretensiones: solicitó la restitución de Damietta y un millón de besantes de oro (35 millones). Sabiendo Luis que la plaza no podia sostenerse el largo tiempo, contestó á esta insinuación: *Un rey de Francia no se rescata nunca á costa de dinero; por mi libertad entregaré Damietta, y por mi ejército el millón de besantes de oro.* Lo cual hizo que el soldan dijera: *Por mi fé que el francés es rey liberal y franco, pues sin pararse en rabajar el ajuste, ofrece lo que se le ha pedido. Pues bien yo le rebajo doscientos mil besantes.*

Veíase saludado por todo el islamismo el joven soldan como un vencedor glorioso, y sin embargo, se hallaba al borde de un abismo. Había descontentado á muchos ministros de su padre, y principalmente á los mamelucos, ó esclavos comprados, de quienes se componía la guardia del soldan desde el tiempo de Saladino, y